



Museo Nacional, Sala de Monolitos, ca. 1952 **Fotografía** ©Archivo Digital MNA (AHMNA).INAH-CANON: F02B1_00180_1

La Sala Mexica de 1952

Norma Edith Alonso Hernández*

Corría el año de 1947. El doctor Daniel Rubín de la Borbolla tenía ante sí el desafío de reestructurar las salas del Museo Nacional de Antropología, el cual sería la sede de la reunión internacional de la UNESCO. Por tal motivo, envió un oficio a Ignacio Marquina, quien fungía como director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde solicitaba el acuerdo para que los museógrafos Fernando Gamboa y Miguel Covarrubias se integraran a los trabajos de arreglos museográficos.

Después del arreglo de la exposición teotihuacana, se continuó remodelando la dedicada a Egipto y la Sala Mexica, que se ubicaría en el Salón de Monolitos, aprovechando que allí ya se encontraban instaladas algunas de sus colecciones más emblemáticas. Los trabajos se iniciaron con la reestructuración del espacio e incluyeron la aplicación de pintura, así como la producción de mobiliario, cédulas y gráficos.

La Sala Mexica se inauguró el 26 de marzo de 1952. Para este suceso se imprimieron dos mil guías de la exposición. La pieza insignia era la Piedra del Sol, ubicada en el acceso principal. A un lado se situó la Chalchiuhtlicue, que si bien no pertenecía a la cultura mexica, debido a su peso y tamaño fue necesario dejarla allí. El guión de la sala se articuló en 13 temas, que de manera sistemática presentaban las colecciones, acompañadas de una gran cantidad de ilustraciones para complementar la sala y conferirle un sentido didáctico.

El concepto de la exposición resultó innovador, en cuyo diseño apreciamos una museografía que actuaba como complemento de la colección: expresamente fue una extensión de las obras. El mobiliario museográfico se diseñó utilizando

planos inclinados, en alusión a los tableros y taludes, elementos arquitectónicos característicos de los templos mexicanos. Se dotó así a la museografía con estos planos inclinados y volúmenes que generaban espacios atractivos, derivados del juego de luces y sombras.

Respecto a las memorias de quienes tuvieron la fortuna de visitar esta sala, muchas personas recuerdan con claridad la Piedra del Sol, la cual se veía desde la entrada y era conocida como “Calendario Azteca”; también rememoran los sentimientos de admiración e incluso de temor que les generaba visitar esta sala, ya que el espacio de exhibición, al ser estrecho, resultaba avasallador.

Las esculturas tenían tal cercanía unas con otras que se percibían imponentes, oprimiendo visualmente a quien las contemplaba; muchas de ellas fueron colocadas desde una perspectiva inferior que sólo permitía una apreciación parcial. Este efecto, lejos de aminorar el interés, incrementaba la necesidad de mirar aquellas obras que impresionaban, estremeaban e incluso intimidaban.

Con el paso de los años la Sala Mexica se transformó en el escenario donde presidentes, embajadores y personalidades se dieron cita para conocer la magnificencia de la cultura azteca. Fue también allí el sitio donde se detonó su ocaso, al concentrar una colección que creció hasta llegar al punto en que no fue viable su exhibición. Así, en 1964 las colecciones arqueológicas abandonaron la antigua Casa de Moneda y emprendieron un viaje hacia su actual morada ❖

* Museo Nacional de Antropología, INAH